

En la voz y la garganta del futuro. Comunicaciones, culturas y movimientos sociales emergentes*

Jesús Galindo Cáceres**

The author examines the emergence of new communication practices (a transition from an authoritarian paradigm to dialogue), new types of social movement (from "political" to "civil" uprising) and new cultural identities. The convergence of these elements constitutes both the generic signs of contemporary life and the challenges for the future of society.

El sonido y la furia. La comunicación emergente

A veces los pueblos se quedan mudos, por lo menos eso parece, aprenden a oír, sólo la voz del amo es válida, sólo la voz del poder tiene valor. Oír no es lo mismo que escuchar, al oír se mantiene vivo el umbral de sensibilidad que permite reconocer cierta secuencia de sonidos y asociarla con un mensaje, el oír viene bien para el que recibe órdenes, para el que se mueve en un programa de mandatos explícitos. Al oír se pierde la capacidad de escuchar, todo lo que no sea pertinente para recibir una orden se considera ruido y, de ser posible, se cancela por completo. Escuchar requiere de otra sensibilidad, de una atención particular que viene del placer y del entendimiento transformado en preguntas. Al oír, la certidumbre es lo más importante, al escuchar, el sentido posible es la gúfa básica. Un mundo para oír está

* Ponencia presentada en el II Coloquio Brasil-México de Investigación de la Comunicación, realizado del 2 al 4 de julio en Chapala, Jalisco, México.

** Programa Cultura. Universidad de Colima.

cerca de la sordera del alma, muy cerca. Un mundo para escuchar enciende todas las posibilidades de ser, tantas como voces existen.

Para oír basta una voz, para escuchar se requieren todas las posibles. La vida del oír no permite sino un guión, un código, un plano de pertinencia único. La vida del escuchar exige la diversidad, abre el sentido a la multiplicidad, la pertinencia es una llave hacia lo imposible. Oír y escuchar, dos modelos de relaciones sociales, dos visiones de la comunicación.

El paradigma de la comunicación de los medios de comunicación masiva representa un mundo del poder centralizado y ejercido sobre extensos y numerosos grupos humanos. Cuando la tecnología de la radiodifusión apareció, era posible optar por una relación de emisor-receptor bilateral, pero esta opción no se desarrolló, la vida social no lo permitió entonces. Lo que pasó es historia, la radio y la televisión se conformaron de acuerdo con la lógica de organización política de nuestros tiempos, una voz y muchos oídos. El sentido común aprobó este esquema, lo legitimó, permitió que se desarrollara. Por otra parte, como la lógica del gran poder central lo indica, la decisión sobre el esquema quedó en pocas voluntades, y el mundo de esas decisiones permaneció lejos de la vida de los consumidores de información.

La vida cotidiana de los actores sociales de nuestro mundo contemporáneo conoció los medios de comunicación en su doble ubicación, como algo que penetró en su tiempo y espacio privados en forma incluso intensa, como algo que no le pertenece y se conforma por fuera de los órdenes de control del mundo a su acceso. La presencia de los medios en nuestro mundo representa con claridad la separación de los mundos de la toma de decisiones sobre las mayorías y la vida cotidiana de esas mayorías. La vida social tiene marcas de este modelo en todas sus lógicas de organización colectiva, en este molde se conforman todas las vidas particulares, éste es el gran continente de las relaciones sociales. De esta situación se ordenan tanto la democracia como la dictadura, de esta relación básica se ordenan las cadenas de relaciones de escala particular. Pero algo hay de es-

pecífico en este ámbito de lo colectivo, en algo se separa de la vida microsocial, pero en algo también la afecta y condiciona.

La vida cotidiana en su dimensión microsocial se mueve bajo otro molde, el de la vida doméstica, el de las relaciones cara a cara, en el calor del conocimiento y el sentimiento, en la réplica y la disputa, en la conversación. En tanto, el molde autoritario se mueve con más acomodo en la vida pública, en la vida privada se ha ido rompiendo y ordenando en relaciones de diálogo. Profundizar en el origen de tales patrones de relación humana nos llevaría a la historia de la industrialización y la urbanización, en sus contrastes con la modernización en los enfrentamientos de la democracia y la dictadura. Lo que resulta evidente hoy día es cómo el paradigma dialógico se acomoda mejor a pequeños espacios sociales, y cómo el paradigma autoritario tiene aún una presencia extensa en los espacios sociales colectivos.

Durante el siglo XX se ha venido dando un movimiento de lo autoritario a lo dialógico, el primer espacio de la transformación ha sido la vida privada, el ámbito de la organización social doméstica. De generación en generación se ha notado que las costumbres de los hombres y mujeres de principio de siglo son muy distintas de las actuales. Los aires del cambio llegaron por la vía social colectiva; el siglo XIX se conmovió con cambios de todo orden, el efecto de onda llegó poco a poco desde esos brotes iniciales a todos los ámbitos de composición social. Y mientras en lo colectivo y público han pasado cien años de convulsiones, en lo privado y doméstico se ha ido generando otra revolución que ya tuvo sus estallidos en los sesenta y los años siguientes. Hoy el movimiento es de coincidencia, lo que se proponía para lo público se ha cocinado en lo privado, ahora es el momento de la gran convergencia en un nuevo modelo social total.

La vieja comunicación de cuño autoritario está por vivir sus últimos momentos, la nueva comunicación de sentido dialógico está en proceso de emergencia general. Y esto sucede en un ambiente de emergencia social en casi todos los ámbitos de la vida social en muchas partes de nuestro mundo. La vida está cambiando, el mundo se ha puesto en contacto, las fuerzas so-

ciales que movilizan a millones de personas se siguen enfrentando en luchas terribles, pero además se está generalizando un movimiento de unidad. En las últimas décadas se han ido gestando frentes y alianzas para la unidad, se ha propuesto con éxito finalizar largas guerras, la institución social de la guerra está en crisis. Aún falta mucho por andar, lo que es un hecho es que la lucha ya tiene una alternativa, el diálogo que promueve la unidad por encima de las diferencias. Esto se vive en un momento en que la comunicación se eleva como un instrumento de esperanza frente a la intolerancia, la ignorancia, la discriminación, el miedo, el egoísmo y la indiferencia. La sociedad humana rescata la comunicación para conocerse, para tocarse, para entenderse, para comprenderse, y también para amarse.

La comunicación fue descubierta en el siglo de las relaciones masivas en el tiempo y el espacio, en ese momento se identificó su valor instrumental con el potencial proselitista que podría desarrollar. En ese momento mostró una enorme capacidad de contacto entre los diferentes y distantes, el espacio se acortó. La tecnología permitió llevar hasta límites inimaginados las posibilidades del contacto múltiple y simultáneo. El sentido que se conformaba al tiempo que la extraordinaria dimensión práctica tuvo una integración más lenta, menos veloz, pero también se generaba una revolución cultural al tiempo que la tecnológica y económica.

La primera impresión causada por el auge de la comunicación en la primera mitad de ese siglo tenía una connotación tecnológica. Después de este primer impacto le siguieron las perspectivas de aplicación económica y política. Pasaron varias décadas en este curso de acontecimientos, poco a poco fue apareciendo la impresión cultural, el efecto de modificación en el sentido provocado por las impresiones anteriores. Mientras que la duda y la decepción cubrían como una sombra las propuestas de sentido en la llamada posmodernidad, la comunicación iba apareciendo como una luz en la oscuridad. Tuvieron que pasar muchos años para que los nuevos sectores se dieran cuenta de la opción que tenían ante "sus propias narices". La comunicación no sólo era un instrumento reducible al uso de los intereses de los modelos de relación social vigentes, también podía

ser la materia para la construcción de un nuevo modelo distinto a los anteriores. Hoy vivimos el deslumbramiento de tal posibilidad, de la sorpresa de tal certidumbre.

La comunicación se ha convertido en un movimiento hacia un modelo emergente de vida social. El final de este siglo y algo más, parece ser el tiempo de transición de una gestación que lleva por lo menos dos siglos hacia una nueva forma de ser vital, hacia el surgimiento de una nueva civilización. La comunicación es un ejercicio que parece llevar hacia ese futuro, la idea de poner en común algo entre dos entidades separadas, parece ser el camino de la unidad entre dos a partir de un tercer elemento que los implica pero no los clausura. Ser uno en la diversidad podría ser el título de la era que se avecina, la comunicación es el medio hacia ella, en este sentido su búsqueda como un fin es síntoma del tránsito hacia algo distinto que incluye todo lo que hemos sido hasta hoy.

El constante devenir. Los movimientos sociales

El concepto de movimiento social tiene una connotación política. En los años sesenta y antes se presentó un fenómeno en el escenario político que sorprendió a unos y dio fuerza a otros, las organizaciones políticas parecidas a un partido político, o partidos políticos en toda la palabra, estaban de pronto girando alrededor de un deber ser ideal, se enfrentaban entre sí, se aliaban, se fusionaban, daban la apariencia de una gran actividad política, y sus comportamientos eran vistos como indicadores de posiciones críticas, todo el campo de lo político se conmovía y parecía llevar hacia nuevas situaciones que superaran las crisis de principios de siglo. En fin, la izquierda estaba en efervescencia mientras que la derecha se movía de manera conservadora a tomar posiciones ante lo que no entendían, resguardando sus dominios con atinada eficiencia y solidez. Mientras todo esto sucedía en la vida política oficial y no tan oficial, el mundo social se agitaba con fuerza, desde el movimiento veloz de la izquierda, desde el movimiento seguro de la derecha, se desprendían actores hacia otras áreas de la composición y la orga-

nización sociales. Estos actores daban la espalda en parte a lo que sucedía en la arena tradicional de lo político, y caían en la cuenta de los cambios que se aceleraban por todas partes. La vida social estaba moviéndose sin el permiso del campo político, nuevas generaciones de grupos y categorías sociales estaban actuando por su cuenta y buscando lugares sociales no del todo claros. En esta actividad afectaban los intereses de los grupos políticos tradicionales, eran actores con comportamientos que se alineaban en lo político pero fuera de ciertos cauces de la vida política institucional.

Los movimientos sociales fueron caracterizados en un principio como acciones políticas sin el mando y la dirección de una organización política institucional. Todo tipo de acción colectiva que se proponía intervenir de alguna manera en la organización de la vida social, además de formar parte de su proceso de composición, se denominó movimiento social. Entre más se acercara a la lucha por el poder, más interesante era para lo político tradicional cualquier movimiento. Si entraba en una relación de fuerza con los aparatos del Estado también se le interpretaba como agente político. Tal fue la ceguera de los políticos tradicionales que cuando los movimientos sociales no se politizaban lo suficiente se llamaban a decepción e incluso a traición. Cuando se determinaron los movimientos que no tenían un rendimiento político consistente de acuerdo con los intereses de las organizaciones políticas ortodoxas, en ese momento dejaron de tener interés.

Los movimientos sociales continuaron, es decir, continuaron las acciones colectivas calificables, desde la lucha política ortodoxa, como políticas. Las organizaciones políticas tradicionales también continuaron y su tendencia a desaparecer; en tanto se fue formando una nueva perspectiva de lo que estaba sucediendo en la relación entre lo político, lo económico y lo ideológico. Esta nueva perspectiva miró hacia atrás y trató de entender cómo se había desarrollado la historia. En esa labor fueron identificadas las relaciones sociales que en el pasado habían sido comprendidas desde ciertos conceptos, ahora la tarea era entender las relaciones sociales actuales desde conceptos que las hicieran comprensibles hoy. Los conceptos de ayer

no necesariamente dan luz sobre la actualidad, sino que ese descubrimiento permitió nuevas formas de acción y sentido.

El concepto de movimiento social tuvo su origen en el campo de la lucha, pero la vida social no sólo es lucha, también es unión, lugar de encuentro de los opuestos. El movimiento social entonces puede ser entendido como parte del proceso de unión, como el elemento dinámico de la confluencia de fuerzas, como el componente vital que permite que la energía se transforme y adquiera nuevas formas. El mundo social también es un marco de unidad, unidad contradictoria que puede permitir la coexistencia de los contrarios en un contacto que une y sin lucha por la predominancia.

El movimiento social es una acción colectiva, como tal, y al igual que una acción individual, supone un sujeto y un objeto. El sujeto actúa para obtener al objeto, para unirse con él, para incorporarlo a su ser, para ponerse en contacto. Al suceder la acción, se hace necesaria una ubicación espacio-temporal para entenderla en sí misma y relacionarla con otras. Esto permite configurar un registro de acciones de diversa magnitud que configuran a diversos tipos de sujetos, y definen diversos tipos de objetos. Es posible elaborar un mapa de acciones, sujetos y objetos, con base en su ubicación tiempo-espacio, e incluso construir un perfil de trayectorias en el tiempo, y de recomposiciones en el espacio.

Imaginemos las posibilidades al momento de hacer un análisis comparativo internacional, o al momento de entrar en un estudio de configuración de perfiles nacionales. Todo acontecimiento puede ser ubicado en algún lugar y en algún momento, en todo acontecer social estuvo involucrado un sujeto que actuando buscaba un objeto. Como los sujetos pueden ser de diversa magnitud, esto permite considerar a individuos, grupos y colectividades en la composición de su historia y su geografía.

Los movimientos sociales en sentido amplio se equiparan al proceso de composición social en sí mismo, en este sentido se pueden entender los movimientos como conformadores de la vida social en general, así como entender la composición de la vida social como la confluencia de movimientos sociales. En esta perspectiva se pueden observar los siguientes perfiles de

composición social según los movimientos que actúan. Para el caso de una formación social como la de México una posible propuesta podría ser la siguiente:

1. En un sentido general:

- a) La migración campo-ciudad, así como la migración en un sentido global. El país ha pasado de rural a urbano en poco más de seis décadas. Además, a partir de la revolución de principios de siglo se liberalizó el tránsito físico y el cambio de *status*.
- b) La composición urbana. Cerca del veinticinco por ciento de la población se ubica en tres ciudades, cerca del setenta y cinco por ciento en doce ciudades. Esta gran concentración urbana es lo que mueve al país.
- c) La nueva vida social urbana. A lo largo del siglo muchas cosas han cambiado, los que más transformaciones han sufrido son los grupos de jóvenes y las mujeres. El número de categorías sociales se ha diversificado por la industrialización, la proletarianización y la urbanización.

2. En un sentido sectorial:

- a) Lo urbano-popular. La mayor parte de la población del país pertenece a este sector, lo que en él sucede afecta directamente a la vida nacional; por ejemplo: las elecciones.
- b) Lo urbano-sectorial. El peso de la vida urbana es tan grande que la diversidad de sectores conmueven el curso de la composición y la organización sociales, por ejemplo las mujeres, los estudiantes, los jóvenes, los homosexuales.
- c) Lo obrero. Los trabajadores asalariados son un sector inmenso de la población económicamente activa, se concentran mayoritariamente en las ciudades, pero también afectan a la producción del campo. Su composición es diversa, desde los cargadores hasta los profesores universitarios.

- d) Lo campesino. El país se ha ido modificando en su composición rural, pero aún hoy este sector sigue teniendo un peso enorme en la organización social global. El campo sigue siendo la base de la vida urbana.
 - e) Lo étnico. México es Mesoamérica, y aún a quinientos años del inicio de un genocidio sistemático y diverso, los grupos indígenas persisten e incluso aumentan de volumen. Su presencia es innegable en distintos puntos del país, así como áreas particulares de la composición y la organización regional y nacional.
3. En un sentido institucional:
- a) El gobierno. El Ejecutivo es el centro de la vida política, la vida política es la gestora de la vida social. Las crisis de gobierno son crisis nacionales. Algo semejante sucede a nivel regional.
 - b) Organizaciones políticas. Hasta 1968 la vida política del país se ordenaba entre el PRI y el Ejecutivo. Hoy el sistema de partidos y las alianzas han cambiado esta situación. El Legislativo se ha independizado en forma relativa, el Ejecutivo está bajo crítica constante. El PRI cambia o se muere.
 - c) Organizaciones sociales. El país ha padecido de una sociedad civil débil, la organización social se estructura en lo institucional-político, la organización civil avanza con lentitud, sólo los movimientos populares se muestran como una fuerza alternativa.
 - d) La Iglesia. Después de un siglo de debilitamiento político de la Iglesia, sus bonos han aumentado gracias a dos visitas papales. En lo social-ideológico es hegemónica aún; esto permite alianzas políticas de nuevo cuño ante la nueva conformación del escenario político. Lo católico se enfrenta a la emergencia de las sectas protestantes.
 - e) Los intelectuales. Siempre mediados por la política los intelectuales son un sector importante que no tiene una organización independiente, pero que está presente en

todo tipo de movimientos. La universidad es clave en la conformación de este sector.

- f) Los medios de comunicación. La industria cultural tiene una gran capacidad de movilización popular, sus fines son mercantiles, pero en algunos ensayos de alianza con lo político han mostrado eficiencia. En lo ideológico su pobreza impresiona por el efecto que tienen.
- g) Empresarios y afines. Son agresivos pero demasiado oportunistas, no se ha generado aún un auténtico movimiento empresarial en el país. Actúan en forma aislada y dependiente del gobierno.

Los movimientos sociales manifiestan la vitalidad de una nación, en ellos se concentra la fuerza y el sentido en la búsqueda de un objeto. Al analizar los objetos buscados se encuentra el perfil vital y la idea del mundo de un pueblo.

Lo fijo y lo móvil. Entre la cultura y el movimiento

La cultura aparece con una primera connotación de vida exclusiva y placentera. El mundo de la cultura es el ocio fecundo y creador. Las bellas artes serían en este sentido el corazón de la vida cultural. Quien se dedica a la cultura tiene resuelto de alguna manera su nicho material de reproducción, es entonces que puede dedicarse a cultivar lo más alto, lo más complejo, lo más sutil del arte por el arte. Un individuo culto es alguien que tiene un "plus", un extra respecto a lo que todos tenemos, respecto a lo que cualquier hombre ordinario es. El hombre culto sabe muchas cosas, ha leído una gran cantidad de libros, ha oído música de la más fina, ha visto la pintura que hay en todos los museos y galerías, además toca el piano, escribe poemas, conoce a gente distinguida. Este mundo de la cultura existe y pesa sobre el resto de manera contundente.

Frente a esta concepción elitista de la cultura se ubica en un polo opuesto el punto de vista antropológico. En este otro mundo todo es cultura, cada objeto, cada acto, cada palabra, todo. Así las cosas, cualquier elemento que haya sido elaborado

por el hombre es cultura. Todos los hombres son cultos o no son hombres. El gran molde de la vida social e individual es la cultura, todo hombre particular es un producto de su cultura y al tiempo un continuador y un innovador, un creador de cultura. La cultura es el gran continente del contenido humano, la gran forma de toda la energía concentrada en la vitalidad humana.

Si se miran bien ambas concepciones tienen puntos de partida muy similares, la creación, la puesta en forma, el sentido, la acción dirigida a un fin. Lo que sucede es que en una sólo se consideran de valor cultural ciertas prácticas y objetos, y en la otra toda práctica y objeto tiene valor cultural. Ambas concepciones operan en un campo mayor de reconocimiento y representación de la vida social y su movimiento, ambas tienen sentido y operan con éxito en sus respectivos puntos de vista. La diferencia importante es que la postura que discrimina, contiene el germen de la intolerancia, la ignorancia y la indiferencia, en forma más explícita y necesaria que en la postura antropológica.

La postura abierta y global une, la postura cerrada y parcial separa. La postura que une tiene la ventaja que permite análisis y comprensión de la composición y la organización social en forma integral, busca encontrar relaciones de valor y sentido en todos los elementos, reconoce creatividad en todos los sectores sociales, entiende la existencia de complejidades en todas las áreas de la vida social, y encuentra belleza en todo tipo de componentes de nuestros mundos humanos. Partir del todo y de la idea de unidad no es una mala referencia para el trayecto, el análisis permite ver las partes, el método propone que la unión de las partes es mucho más que el todo.

Si la cultura es todo, lo es en el sentido del significado que cada componente de la vida tiene para los actores sociales. Hablar de significado es poner el dedo en la presencia de un sistema de valores asociado a todos los elementos de la composición social, sistema que es compartido como base de identidad entre grupos e individuos, pero que también separa y permite la diferencia, tal y como la postura elitista de la cultura lo muestra. Las valoraciones no son homogéneas, existen jerarquías, planos, distancias y cercanías, alturas y profundidades.

El objeto que define a la cultura es el sentido de la vida. Definir tal objeto no es cosa fácil, es algo que está presente pero no es siempre evidente. Los hombres actúan, se mueven, algo quieren, algo necesitan, algo tienen. Todos estos algo tienen algún sentido para cada hombre y mujer en lo particular, y para grupos sociales y colectividades en lo general. Lo que define a un individuo es el sentido de lo que es, de lo que su presencia le significa a él y a los demás, de lo que su destino y trayectoria tiene de valor. Cuando el individuo encuentra este sentido su vida se ilumina, se embellece, su acción adquiere una profundidad mayor, su energía se multiplica. Lo mismo sucede con grupos y colectividades. La cultura es lo que permite este hallazgo, es la que propone las condiciones para que cada individuo encuentre su sentido y la colectividad se perciba una en él.

No todas las formaciones culturales contienen todos los elementos y condiciones que permiten que los individuos y las colectividades encuentren y se unan en algún sentido. Digamos que hay culturas difíciles, más obscuras que otras, menos vitalizadas por la fuerza y el sentido. Existen formaciones culturales que promueven en sus integrantes un gran rendimiento vital, otras se debilitan en el despilfarro de energía sin guía alguna que las oriente. Un primer objetivo del análisis cultural debe permitir este diagnóstico, un segundo paso reforzaría lo vital y trataría de fortalecer lo que desfallece.

El movimiento y el sentido se complementan, por una parte el actor se mueve en la búsqueda de lo que entiende valioso, por otra parte existe un sentido que lo guía en ese movimiento. El movimiento puede llevar a la configuración de un nuevo sentido, pero en principio se guía por formas fijas de orientación.

La cultura tiene una configuración múltiple que se ordena en formas, las cuales requieren de cierta substancia permanente para poder conformar las conductas, es decir, las formas culturales tienen a lo fijo que guía a lo móvil. Esta constitución no es homogénea, existen formas más duras y permanentes, otras son blandas y casi efímeras, otras más se cruzan en estas cualidades, duro y casi efímero, blando y permanente. Las dos primeras son las más comunes.

Existen niveles de conformación de las formaciones culturales. Esta propuesta depende de la relación de profundidad o superficialidad que los componentes culturales tienen respecto a la organización y la composición de la vida social, es decir la vida normada convencionalmente por los actores. Teniendo presente que lo que está en configuración es el sentido de la vida, la idea es ponerlo en conformación según su evidencia y calidad práctica inmediata, o según su invisibilidad y la estructura del comportamiento y su valor. Los niveles y sus complicaciones pueden ser los siguientes:

- 1) La vida cotidiana. El nivel más extenso de la composición social es lo cotidiano, en él se construye el micro tiempo y espacio de la vida. La configuración del sentido depende de lo que se hace día a día, de los objetos cercanos, de las situaciones rutinarias, de las interacciones predecibles. Lo ordinario se ordena en oposición de los acontecimientos extraordinarios.
- 2) La cultura política. El espacio y el tiempo personales están ordenados en un patrón mayor de organización y composición de la vida urbana o rural. Los horarios y los escenarios dependen de lo que permite e impide el orden social, desde el día a día hasta ciclos completos de vida.
- 3) La cultura profunda. Aquí se une la vida cotidiana y la vida social con la historia. Los pequeños acontecimientos ordinarios están cargados de un valor que le puede venir de siglos atrás. El lenguaje porta en buena parte la profundidad de la cultura, pero también las costumbres, los objetos, la arquitectura, el vestido, la comida. No distinguir el origen de un valor no implica que su historia esté presente cada vez que se le reconoce.

Lo que guía los niveles es por una parte la evidencia de lo cotidiano contra lo invisible de lo profundo, pero también lo inmediato de la relación de composición y organización de lo cotidiano contra lo mediato de lo profundo. El nivel político es lo que une el pequeño mundo de los individuos con el inmenso mundo de la historia de las civilizaciones. Lo político une en lo

social, es el orden de las relaciones en cuanto contacto y organización de lo público y colectivo en relación con lo privado y personal.

Al igual que en los movimientos sociales, las formaciones culturales pueden ubicarse en el tiempo y en el espacio, es decir, pueden hacerse mapas culturales y guías históricas. El criterio sería muy semejante al de los movimientos sociales, la distinción regional y la identificación de épocas. El tiempo y el espacio son cualidades que requieren una mayor atención por parte de los analistas, en este caso son el punto de confluencia entre lo fijo y lo móvil. Existe una correspondencia necesaria entre los movimientos sociales y las formaciones culturales. Unos movimientos son efecto de formaciones, ciertas formaciones son producto de movimientos, en todo momento van juntos e interrelacionados.

En el caso de México no existe un estudio sistemático de las épocas y regiones culturales. Lo que sí existe es un trabajo en desarrollo sobre las regiones económicas y sobre las generaciones de dirección intelectual y política. Aspectos específicos que crucen ambos campos no existen pero se pueden construir. El concepto de región y de época tiene en sí mismo ya algunos problemas, se puede proponer que el criterio de composición y organización de campo puede ser útil para resolver diferencias. Este punto de vista permite ordenar información en ejes de organización de sentido, es decir, lo que une a lo diverso. En esta forma las regiones y las épocas se irán construyendo como esferas de composición y organización que cubrirán todo el territorio nacional y todos los tránsitos y devenires históricos.

Es indudable que algunos criterios existentes pueden servir para ordenar la cuestión. Tomemos como referencia a las grandes formaciones culturales que entran en juego para conformar nuestro país y nación:

- 1) Mesoamérica. La cultura indígena cubre una buena parte de la extensión territorial, el centro y el sur. Está presente con mayor fuerza en los estados del sur.
- 2) Lo hispánico-católico. La religión católica cubre la mayoría del territorio nacional, pero tiene oposición en las

zonas indígenas y en ciertas áreas de la vida popular urbana de las ciudades grandes del país. El centro es católico.

- 3) Lo liberal decimonónico. El liberalismo funda la nación, surge paralelo a la conformación del Estado. El PRI/gobierno ha hecho mucho por este sentido de la vida durante el siglo veinte. En forma peculiar la zona norte es la más liberal, así como algunas regiones altamente urbanizadas como la ciudad de México.
- 4) Los medios de comunicación masiva y la posmodernidad. La vida capitalista y las formas transnacionales de vivir se deben en buena parte a la televisión y a otros medios de comunicación. La cultura contemporánea mexicana tiene una presencia extensa y, en algunos casos intensa, de otra forma del sentido de la vida.

En cuatro grandes formaciones culturales se cubren varios siglos de historia y a todo el territorio nacional. Faltarían los matices, los subcampos regionales, los enfoques particulares por lugar y momento. Los sentidos que se tejen en la vida actual en México son diversos, pero también es posible definir perfiles globales ciertos. El trabajo hacia atrás tiene sus propias limitaciones en cuanto información y posibilidades de profundizar a la distancia del tiempo, sin embargo es posible que por los rasgos-huellas que han quedado hasta hoy, algunos aspectos quedarán en el olvido. El futuro es lo más interesante, ese momento que se inicia hoy. Es imposible tener una visión general de la composición y organización actuales de las formaciones culturales, sin una retrospectiva de su conformación. Es improbable que se puedan proponer trayectorias posibles hacia adelante sin conocer lo que hoy sucede y de donde viene. El futuro es la meta.

El país se encuentra en un momento de angustia por las limitaciones de su posible desarrollo. El sujeto de la acción aparece una y otra vez en el exterior, somos comparsas, peones de un juego que otros impulsan. Sin embargo, la distancia entre ser un sujeto y un objeto son sutiles. La nación puede crear históricamente un nuevo proceso como sujeto, eso depende del senti-

do que se tenga de tal acción. La cultura está al centro del futuro. El movimiento social como nunca está vinculado a la conformación del sentido, de los valores impulsores y sus objetos de deseo.

México, la mujer dormida debe dar a luz

Es inmensa la visión extensa de México, siglos del devenir de algo que toma forma y a veces parece desintegrarse. Es ahora, cinco siglos después de la conquista de Mesoamérica por el acero, la cruz y la ambición españolas, que la pregunta por lo que pudo ser es casi un cuento maravilloso. La civilización mesoamericana tenía siglos de desarrollo, de impulso y concentración. Los aztecas eran apenas una síntesis de fondos maravillosos de sentido y organización. ¿Hasta dónde hubiera llegado este ejercicio de vitalidad humana? Pregunta de la imaginación que deja en la boca un sabor de pesar, algo se rompió, algo detuvo su camino, algo que tiene algún rasgo de identidad con este mundo que circula más allá de la ventana de esta habitación. Porque Mesoamérica no murió, se transformó en un encuentro terrible con el otro.

El siglo veinte mexicano, como en el caso de casi todo el mundo, también es una continuación del siglo XIX. Es decir, no es posible entender al mundo contemporáneo mexicano sin el antecedente de la independencia de España, la lucha entre facciones liberales y conservadoras, el triunfo del liberalismo, la dictadura de Porfirio Díaz, y la masa dispersa y distante de la mayor parte del país de la llamada historia nacional de una parte privilegiada por el poder y sus circunstancias. Si Europa penetró nuestro sentido con tres siglos de colonización, durante el siglo XIX la parte que faltaba tuvo su presencia y se convirtió en destino, el liberalismo. El mundo se puso en contacto, tres siglos de colonia española dejaron huella, un siglo de convivencia con la emergencia de los Estados Unidos nos marcó también con intensidad.

La historia siempre es peculiar, una maestra que no termina de educar. En una visión intensa de México todo parece tan

simple y consecuente. Mesoamérica casi desapareció debajo de nuestro rostro europeo, perder no es un verbo suficiente además de ser injusto. América renace con la presencia europea, a nosotros nos toca España y después las luces francesas. Los Estados Unidos aparecen con tal fuerza, con un ímpetu tan deslumbrante, con la presencia del paradigma a seguir en la distancia del viejo continente, que el siglo XIX nos sorprende en una quietud que no acaba de conmoverse con batallas internas, resistencias ante intervenciones extranjeras, luchas de sueños y ambición. Y llegamos al siglo XX todavía sin rostro propio. Tuvimos uno, el indígena, esa es una cuenta que aún está viva. Quisimos tener otro, el europeo, pero el criollismo es una identidad de espaldas. Ser americanos sería parecerse a los Estados Unidos o construir una alternativa que aún no cuaja.

Tantas cosas han sucedido en varios siglos. Con la llegada de los europeos todo cambió, el tiempo empezó a contar de nuevo, casi cinco siglos después todo parece haber sucedido tan rápido. Y durante todo este tiempo algo más que movimiento ha sucedido, se ha ido generando un nuevo sentido, un nuevo impulso creador a partir de una nueva identidad. Quinientos años de ir y venir de millones de actores han dejado páginas de todo tipo, mucho se puede decir de lo que ha sucedido, y de toda esa acción antecedente y consecuente de algún sentido se ha ido generando un orden de percepción global y particular concentrador de energía, un nuevo sentido capaz de coordinar los esfuerzos de millones, de hacerlos una fuerza y darle una dirección. Se ha generado una cultura.

El siglo XX ha sido clave en la formación de la nueva cultura mexicana. Todo ha sido cambio, revoluciones, aunque el país es tan grande que la temporalidad se ha estallado, mientras que un sector es contemporáneo del mundo tecnológico y del poder exterior, otros sectores se van enterando poco a poco e intentan participar, y otros, aunque se enteren, casi no se interesan en lo que sucede más allá de su particular territorio interior. Sin embargo, el país se ha conmovido a lo largo de estos noventa años, y una cosa es cierta, cada vez se puede hablar más de un país, tanto es el contacto que existe entre sus componentes, aunque ese contacto sea superficial, convenenciero o poco vi-

tal. El siglo de las revoluciones, una nación contemporánea de su tiempo, y presente en su propio camino, entre el destino y la renuncia.

En lo que va del siglo México se ha dividido en tres grandes momentos, y vive el curso que lo lleva a un cuarto, el cual se vivirá entre el fin del milenio y el principio del siglo XXI. Cada uno de estos momentos representa el cierre de una época anterior, la que culmina con el porfiriato. En ese sentido representa la apertura hacia una nueva época, la que alcanzaremos en una o varias décadas.

Primer momento. La revolución política. Entre 1910 y 1920 el siglo XIX quedó atrás, todo fue movimiento emergente, el país se convulsionó por impulsos retráidos de pronto puestos en marcha. Después de un período de lucha intensa surge la Constitución de 1917 y con ella un proyecto de nación. En tanto muchas cosas se habían movido, otras no. Los representantes de la nación optaron en definitiva por la democracia, tan hicieron presente el compromiso del poder con las mayorías.

Segundo momento. La revolución industrial. Los veinte y los treinta fueron de acomodo dentro del proyecto nacional surgido en el momento anterior. Hacia los cuarenta el país estaba pacificado y coordinado bajo la batuta del gobierno revolucionario, faltaba lanzar el gancho a la velocidad de desarrollo del mundo capitalista. La nación se unió al movimiento de la historia occidental y buscó acomodar su perfil propio en el marco del modelo de una sociedad moderna. Los Estados Unidos entraron en su traspatio y los europeos fueron puestos a distancia.

Tercer momento. La revolución urbana. Como consecuencia del momento anterior el país concentró recursos en ciertas áreas de su territorio, la industrialización trajo la urbanización, y la concentración urbana un nuevo tipo de vida y, por ende, de administración de ésta. Hacia los años sesenta y setenta la población se proletarizó en forma masiva, se asentó en las ciudades y configuró un nuevo rostro nacional. La ciudad de México concentra en la actualidad la cuarta parte de la población nacional, el área metropolitana de su asentamiento es de los núcleos urbanos más intensos del mundo.

Cuarto momento. La revolución ecológico-cultural. El futuro tiene varias alternativas, los expertos proponen horizontes optimistas y pesimistas. Todos los rangos de predicción toman en consideración lo que ha sucedido en los últimos cincuenta años, pocos son los que imaginan que un umbral está siendo traspasado, que lo que viene se parece a lo actual pero también difiere en mucho. El perfil del futuro será de una nueva lógica de relación con el medio natural y entre los hombres, o no será.

Después del aislamiento de Mesoamérica, el territorio no ha vuelto a estar desconectado del resto del mundo. Europa y los Estados Unidos han sido interlocutores constantes durante estos cinco siglos, a veces sordos, a veces intolerantes, a veces indiferentes, a veces ignorantes. Pero están presentes, son parte de nuestro ser como mexicanos. ¿Hasta dónde el resultado es una entidad original y única? Eso es lo que toca resolver en los próximos años, pero suceda lo que suceda será en concierto mundial.

En los últimos treinta años la historia del país ha sido un continuo proceso de crisis. Primero la estupidez de la represión de la Plaza de las Tres Culturas en el 68 que llevó al gobierno a una crisis de legitimidad en los sectores medios y populares. El costo fue una administración populista que puso al gobierno en mala posición ante los sectores pudientes. El petróleo puso en el curso económico un salvavidas, pero la crisis económica continuó y las devaluaciones descapitalizaron al país, el gobierno quedó como el gran empresario y "dador" de empleo, la deuda aumentó. Los ochenta amanecieron con la nacionalización de la banca y un auge de movimientos sociales fuera de los cauces de la corporación directa o indirecta del pacto social. La reforma política buscó abrir espacios a la participación social ante las aperturas económicas. Los movimientos siguieron, los partidos políticos y las organizaciones fueron desbordados. Al tiempo que el gobierno replanteaba su alianza con la iniciativa privada capitalista de mayor peso, se conectaba a un proceso de liberalización de la economía hacia el exterior, mientras hacía lo que podía para desmembrar a los movimientos opositores y volver a cooptar a los sectores corporativizados. Hacia finales de la década el control interno a través de los aparatos de poder

volvió a su nivel, pero quedaba el espacio electoral para manifestar la inconformidad, el pueblo votó y el curso de la historia volvió a cambiar. Ahora todo parece bajo control, el proyecto neoliberal avanza, la base nacionalista y popular del Estado se administra y se intenta proteger. De pronto empiezan a surgir más acuerdos que distinciones, existe un esfuerzo por diversos sectores por convenir en lo justo y necesario. Algo está pasando, el ambiente es tenso, la desconfianza aún es la norma, pero se siente que algo va a suceder, algo que cambiará la puesta en escena presente.

La pregunta es si será posible concertar lo indispensable para configurar una unidad nacional vital y pujante, si será posible convenir en lo necesario para convocar y convencer a las mayorías de un curso de acción que a todos convenga, si será posible confiar y conceder espacios y tiempos para ejercitar la convicción de superación de la situación actual, si será posible unir a los que están separados por mucho. La pregunta es si existen condiciones de cultura política y de cultura hacia lo político que permitan un acto colectivo de creación histórica. La apuesta es que sí, que sí existen condiciones, que el mismo esfuerzo invertido en lo que separa puede dirigirse a lo que une, y, si esto es posible, la consecuencia es un nuevo libreto de la vida dramática pública del país.

La situación actual se presenta como la convivencia de un proyecto hacia el exterior que vincula al país con los movimientos generales de construcción del futuro, desde lo político y lo económico tanto como lo ideológico, junto con un proyecto de afirmación de identidad nacional y de compromiso con todos los sectores que componen la sociedad mexicana. En esta dualidad se ordenan todas las opciones mayoritarias que, sin estar de acuerdo en todo, tienen mucho en común. Este frente de acción tomará más forma en los próximos años, vitalmente existe la necesidad de un impulso colectivo general, las formas que lo permitan serán las elegidas, las emergentes. El movimiento social general se pone en forma en esta intención. Existen dos opciones, que no madure y aborte, nos volvemos a dividir y a enfrentar, o que madure y dé nacimiento a una nueva nación.

En este proceso hacia el siglo XXI muchos tendrán que conocerse mejor, otros se conocerán por primera vez. En todos los casos se requiere un tiempo para la expresión del sentido de cada quién, y un tiempo para escuchar al otro, así como un tiempo para la mutua interiorización y conformación de un sentido de comunidad. El espacio para que esto suceda será buscado y encontrado si hay disposición; se requiere salir del interior para conectarse con el exterior, el interior del otro. Esto es un proceso de comunicación social intenso y extenso. En más de un sentido la comunicación deja de ser un medio y requiere de un énfasis en sí misma. La comunidad de los diferentes sólo se puede lograr si existe en el contacto y la interpretación suficientes, la puesta en común necesaria. El interior de cada quién tendrá su lugar en el exterior, el interior de los otros, y el exterior común permitirá la construcción del interior compartido. Para la comunicación y su lógica el futuro es todo un reto.

BIBLIOGRAFIA

- AGUILAR CAMIN, Héctor *et al.* (1976) *En torno a la cultura nacional*. México: INI.
- AGUILAR CAMIN, Héctor (1982) *Saldo de la revolución; cultura y política de México 1910-1980*. México: Editorial Nueva Imagen.
- AGUILAR M., Alonso *et al.* (1985) *Cultura, historia, luchas del pueblo mexicano*. México: Editorial Nuestro Tiempo.
- ALCOCER, Jorge (comp.) (1985) *México, presente y futuro*. México: Ediciones de Cultura Popular.
- ALONSO, Jorge (editor-coordinador) (1980) *Lucha urbana y acumulación de capital*. México: Ediciones de la Casa Chata.
- (1982) *El Estado mexicano*. México: CIESAS-Editorial Nueva Imagen.
- (1986) *Los movimientos sociales en el valle de México* (dos tomos). México: CIESAS.

- BAIRD, Peter y MCCAUGHAN (ed.) (1982) *México-Estados Unidos: relaciones económicas y lucha de clases*. México: Editorial ERA.
- BARTRA, Roger (1987) *La jaula de la melancolía*. México: Editorial Grijalbo.
- BASAÑEZ, Miguel (1981) *La lucha por la hegemonía en México, 1968-1980*. México: Siglo XXI.
- BATALLON, Claude (1988) *Las regiones geográficas en México*. México: Siglo XXI.
- BONFIL BATALLA, Guillermo (1987) *México profundo. Una civilización negada*. México: CIESAS-SEP.
- BURGOS, Rubén (coordinador) (1985) *Movimientos sociales en el noroeste de México*. Culiacán: Universidad Autónoma de Sinaloa.
- CARDOSO, Ciro (coordinador) (1984) *México en el siglo XIX*. México: Editorial Nueva Imagen.
- CARRILLO HUERTA, Mario y Gabriel REYES CARDOSO (1985) *El desarrollo en México después de la revolución de 1910*. Puebla: El Colegio de Puebla, El Colegio de México.
- CASTILLO, Jaime (coordinador) (1986) *Los movimientos sociales en Puebla* (dos tomos). Puebla: Universidad Autónoma de Puebla.
- CORDERA, Rolando y Carlos TELLO (1981) *México, la disputa por la nación*. México: Siglo XXI.
- CORNELIUS, Wayne A. (1980) *Los inmigrantes pobres en la ciudad de México y la política*. México: Fondo de Cultura Económica.
- COSIO VILLEGAS, Daniel (coordinador) (1976) *Historia general de México*. México: El Colegio de México.
- DE LA ROSA, Martín y Charles A. REILLY (coordinadores) (1985) *Religión y política en México*. México: Siglo XXI.
- FERNANDEZ CHRISTLIEB, Fátima (1982) *Los medios de difusión masiva en México*. México: Juan Pablos editor.
- FERNANDEZ, Raúl A. (1980) *La frontera México-Estados Unidos*. México: Editorial Terra Nova.
- FUENTES, Carlos (1972) *Tiempo mexicano*. México: Joaquín Mortiz.
- GALINDO, Luis Jesús (1984) *Análisis del discurso del Estado mexicano*. México: CIESAS.
- (1987) *Organización social y comunicación*. México: Premia Editora.

- (1987) *Movimientos sociales y cultura política*. Colima: Universidad de Colima.
- GONZALEZ CASANOVA, Pablo (1980) *La democracia en México*. México: Editorial ERA.
- (1982) *El Estado y los partidos políticos en México*. México: Editorial ERA.
- GONZALEZ CASANOVA, Pablo y Enrique FLORESCANO (editores) (1979) *México hoy*. México: Siglo XXI.
- GONZALEZ CASANOVA, Pablo y Héctor AGUILAR CAMIN (coordinadores) (1985) *México ante la crisis* (dos tomos). México: Siglo XXI.
- GONZALEZ, Jorge (1986) *Cultura(s)*. México: Universidad de Colima-UAM-Xochimilco.
- GORDILLO, Gustavo (1988) *Estado, mercados y movimiento campesino*. México: Plaza y Valdés.
- HERNANDEZ MEDINA, Alberto *et al.* (1987) *Cómo somos los mexicanos*. México: Centro de Estudios Educativos, CREA.
- HEWITT DE ALCANTARA, Cynthia (1988) *Imágenes del campo: La interpretación antropológica del México rural*. México: El Colegio de México.
- LAFAYE, J. (1983) *Quetzalcóatl y Guadalupe*. México: Fondo de Cultura Económica.
- LATAPI, Pablo (1979) *Políticas educativas y valores nacionales*. México: Editorial Nueva Imagen.
- LEAL, Juan Felipe (1980) *México: Estado, burocracia y sindicatos*. México: Ediciones El Caballito.
- MARTINEZ DEL CAMPO, Manuel (1985) *Industrialización en México*. México: El Colegio de México.
- MUÑOZ IZQUIERDO, Carlos (1981) *Análisis e interpretaciones de las políticas educativas: El caso de México (1930-1980)*.
- NAVA GARCIA, Francisco (1983) *Bases históricas de la economía mexicana 1810-1982*. México: Editora Latinoamericana.
- PAZ, Octavio (1970) *El laberinto de la soledad*. México: Fondo de Cultura Económica.
- (1983) *El ogro filantrópico*. Barcelona: Seix Barral.
- RAMIREZ SAIZ, Juan Manuel (1986) *El movimiento urbano popular en México*. México: Siglo XXI.

- SEMO, Enrique (coordinador) (1982) *México: un pueblo en la historia* (cuatro tomos). México: UAP y Editorial Nueva Imagen.
- SILVA HERZOG, Jesús (1972) *Breve historia de la revolución mexicana*. México: Fondo de Cultura Económica.
- SILVA RUIZ, Gilberto (coordinador) (1984) *Movimientos sociales en Querétaro*. Querétaro: Universidad Autónoma de Querétaro.
- TAMAYO, Jaime (coordinador) (1986) *Perspectivas de los movimientos sociales en la región centro-occidente*. Guadalajara: Editorial Línea.
- TIRADO JIMENEZ, Ramón (1990) *Asamblea de barrios: nuestra batalla*. México: Editorial Nuestro Tiempo.
- TURNER, Frederick (1971) *La dinámica del nacionalismo mexicano*. México: Editorial Grijalbo.
- UNIKEL, Luis (1976) *El desarrollo urbano de México*. México: El Colegio de México.